

mas meridionales que Yokohama; y temiendo que hubiera sido en virtud de malos informes respecto del clima de esta última ciudad, pregunté al superintendente si habia algo acerca de esto.

—No creo, me contestó, que Nagasaki y Kobé gocen de un clima superior al de Yokohama; porque en esta ciudad el cielo es generalmente purísimo durante el invierno.

—Así me lo han asegurado, le dije, y sin duda aquellos señores habrán tenido que sujetarse á instrucciones recibidas de antemano, ó acaso hayan deseado ganar algunos grados en la altura del sol hácia el fin del fenómeno.

—Es probable que así sea y que solo hayan estado en Tokio con el fin de ponerse en relacion con el Gobierno Imperial.

—Esto mismo me propongo hacer, contesté, y puesto que los informes de vd. corroboran los que ya tenia, me decido desde este momento á observar aquí ó en la capital, pues ganaria muy poco con ir algo mas al Sur, y puedo perder mucho con algunos dias mas de navegacion, contando con tan pocos para hacer todos mis preparativos. Como mi país no tiene en el de vd. representantes diplomáticos ni consulares, supongo que no habrá inconveniente en que sea yo presentado al Gobierno Imperial por el ministro de los Estados Unidos á quien vengo recomendado.

—Ninguno, señor, ni creo indispensable que se haga vd. presentar por un ministro extranjero, pues estoy seguro de que mi gobierno acogerá dignamente al honorable comisionado mexicano por el simple hecho de que trae un objeto tan útil para la ciencia y tan honroso para él; pero puede, en efecto, ser conveniente la presentacion de vd. por Mr. Bingham, representante de los Estados Unidos, en atencion á que quizá en menos tiempo quedará todo arreglado y vd. libre para consagrarse á sus trabajos.

—Así lo creo, pues en mi calidad de extranjero, seria acaso difícil ó por lo menos dilatado, el ponerme en relacion con el Gobierno Imperial. Doy á vd. las gracias por todos sus informes, y permítame vd. que le diga que, además de la honra de conocerle, no es del todo desinteresado el deseo que me indujo á aceptar en San Francisco cartas para vd. Nuestras cargas deben desembarcarse hoy mismo, puesto que estoy resuelto á quedarme aquí, y entre ellas las cajas que contienen los instrumentos astronómicos de la Comision. Como estos son sumamente delicados, y

temeria yo que al ser examinados en la aduana recibiesen algun golpe, me tomo la libertad de suplicar á vd. que recomiende á sus subordinados el mayor cuidado al practicar esa operacion.

—Con mucho gusto, contestó el Sr. Kíndaro Tanaya, y llamando á un empleado, le dió órdenes en su idioma.

La respetuosa actitud de este subordinado delante de su superior, y la frecuencia con que el primero al escuchar atentamente las órdenes del segundo, repetia el monosílabo «gí, gí,» que significa «sí,» «está bien,» «comprendo,» ó algo equivalente, me hizo creer que el superintendente enviaba á aquel á la aduana con el fin de que hiciese allí la recomendacion que le habia yo pedido; pero me explicó en seguida que lo que le habia mandado era extender por escrito aquella orden; y poco despues volvió, en efecto, el empleado con una hoja de papel cubierta de gruesos caracteres japoneses ó chinos. Despues de ponerle un sello rojo, me la dió el Sr. Kíndaro Tanaya, diciéndome que á la hora en que dispusiese yo el desembarque de las cargas y su introduccion á la plaza, hiciese presentar en la aduana aquel documento, con el cual quedaria obsequiado mi deseo.

Dí las gracias al digno funcionario por su cortés amabilidad, y me separé de él para disponer que inmediatamente fuesen conducidos á tierra nuestros bagajes, lo que tuvo su verificativo muy poco tiempo despues. Yo mismo presenté á los empleados de la aduana el pliego del superintendente, con el fin de presenciar el exámen de las cajas y tratar de que no sufriesen daño alguno los aparatos; pero ví con agradable sorpresa que no solamente eran tratadas con todo cuidado, sino que ninguna se mandó abrir, ni aun las que contenian nuestros equipajes. Los empleados se limitaron á preguntarnos cuáles eran los bultos que nos pertenecian, é inmediatamente les pusieron el sello que indicaba el pase libre. Admirado de esto, pedí la orden del Sr. Tanaya con el objeto de conservarla y hacerla traducir. Está concebida así:

*Noviembre 9 del 7º año de Meidzi.*

*Con este testimonio se permite que entren libres de derechos los instrumentos matemáticos pertenecientes al Gobierno de México.*

Un sello.—Aduana de Yokohama.

La cortesía del funcionario japonés no era mas que el prelude de las

Pero si causa profundo disgusto el espectáculo del hombre convertido en bestia de tiro, pasa á ser repugnante el que ofrecen algunos europeos ostentando el lujo ridículo é inhumano de hacer acompañar sus carruajes por japoneses á pié, llamados *bet-to* (palafranceros), que van corriendo al lado de las portezuelas al paso de los caballos. En vano dicen los que tal práctica siguen, que la adoptan con el fin de evitar que, por cualquiera accidente, atropellen los caballos á los pedestres; porque razon seria esta para servirse solamente de animales bien enseñados al tiro y de cocheros diestros. Por otra parte, los *bet-to* serian muy poco útiles, y tal vez las primeras víctimas en el caso de que los caballos se desbocasen. Sea de esto lo que fuere, el hecho es que corren así por horas enteras tanto dentro como fuera de la ciudad, con un vigor extraordinario. Es probable que esa costumbre haga muchas víctimas de afecciones pulmonares entre los japoneses, sobre todo durante el invierno en que están expuestos á cambios muy bruscos de temperatura, pasando de una abundante traspiracion originada por la actividad de tan rudo ejercicio, al enfriamiento rápido producido por la quietud repentina á que por el cansancio se entregan cuando llegan al término de su carrera. Juzgando por la desagradable impresion que siempre me causaba ver el contraste de la bella dama inglesa ó del caballero cómodamente reclinados en su carretela, cubiertos de pieles para defenderse del frio, y por lo comun conduciendo personalmente los caballos al trote largo, con el infeliz *bet-to* respirando con dificultad en su furiosa carrera para conservarse en su puesto, creo que ningun japonés ilustrado, y los hay en gran número, debe contemplar sin indignacion un espectáculo cuyo primer efecto es el de manifestar de una manera desembozada la desigualdad extrema de condiciones en que la pobreza coloca á sus compatriotas respecto del europeo, cuya fortuna se ha improvisado tal vez en aquel país. Por lo que á mí toca, nunca pude evitar á la vista de una moda tan inhumana, que se presentasen á mi memoria los esfuerzos de esos mismos ingleses para establecer y propagar en su país las sociedades protectoras de los animales, y no alcanzaba á darme cuenta de la palpable inconsecuencia con que tan solícitos por el bienestar de un jumento, se mostrasen tan indiferentes por el fatigoso é innecesario trabajo de un sér humano.

Para trasportar fardos ó cualesquiera otros efectos pesados, casi nunca los cargan los japoneses en las espaldas como lo hacen nuestros car-

gadores, dotados de una gran fuerza muscular, sino que se sirven de carros ó plataformas que tienen dos ruedas colocadas en su parte central. Sobre estas plataformas ponen cuidadosamente la carga de modo que quede equilibrada de la mejor manera posible, y entonces impelen el carro por lo comun entre cuatro hombres, situándose dos en cada uno de sus extremos, y ejerciendo su empuje sobre un madero atravesado que va fijo á la misma plataforma. Para hacer simultáneos sus esfuerzos los dos hombres de la misma pareja, y alternativos respecto de la otra, los acompañan de un canto breve y monótono constantemente repetido durante el trabajo. Transportan así pesos verdaderamente enormes, y de esa manera fueron conducidos nuestros fardos desde la aduana hasta nuestro hotel, y mas tarde á nuestros campos astronómicos.



EL «SHARIKI» O CARRETÓN.

Tan luego como quedó instalada la Comision en su alojamiento, principié á dar los pasos necesarios para ponerme en relacion con el gobierno local de Kanagawa y con el imperial residente en Tokio. Nada pude adelantar, sin embargo, en los primeros dias, á consecuencia de haber coincidido la fecha de nuestro arribo con la de las fiestas públicas llamadas de Otoño, que se celebran hácia la mitad de Noviembre, y durante

las cuales se suspende la mayor parte de los negocios, pues casi todos los funcionarios públicos disfrutaban de una especie de vacaciones. Tuve, pues, que resignarme á esta contrariedad inesperada; pero á fin de no perder tiempo en lo que podia aprovecharse, busqué desde luego un artesano inteligente que se encargara de la construccion de los observatorios, cuyo plano habia yo formado durante la travesía del Pacífico; y tambien comencé á explorar con todos los ingenieros las inmediaciones de la ciudad, con el objeto de elegir sitios á propósito para establecer nuestros campos, ó al menos unos de ellos, pues tenia la intencion de que el Sr. Jimenez, con el Sr. Fernandez como ayudante, se instalasen cerca de Yokohama, y yo ayudado por el Sr. Barroso, en otro punto algo distante, y si era posible en la misma ciudad de Tokio, capital del Imperio.

No tardé mucho en hallar un artesano muy laborioso y bastante entendido. Era un chino llamado Mow-Cheong, establecido hacia algunos meses en el Japon, y que tenia en Yokohama una carpintería á la vez que una especie de agencia para toda clase de construcciones. Hablaba un poco el inglés, ó mas bien la gerigonza anglo-china que se va extendiendo en el Asia á medida que crece su tráfico con los ingleses. Al principio me fué difícil comprender el dialecto de Mow-Cheong, porque no solo tenia una pronunciaci3n viciosa, sino que tambien construía las frases probablemente conforme á su propio idioma; pero al fin me fué familiarizando con su manera de decir, lo bastante al menos para comprender sus preguntas y sus dudas respecto de la obra que le habia encomendado. Despues de mucho explicarle lo que deseaba, y de representarle en dibujos parciales las formas de las piezas que debia labrar, repetía él mis explicaciones y reproducía mis diseños. Si yo le aprobaba unas y otros, se manifestaba contento, y me decía: «Can do.» La experiencia me demostró siempre que el «can do» de Mow-Cheong, aunque estropease la lengua inglesa con la supresion de los pronombres, era la expresion completa de que habia comprendido perfectamente lo que habia que hacer. Y en efecto, pocas horas despues volvia á verme trayéndome un modelo de la obra de que habiamos tratado, el cual estaba casi siempre construido con un esmero y minuciosidad enteramente chinos.

Tres dias despues de mi llegada, esto es el 12 de Noviembre, el activo artesano bien impuesto ya de todo, dió principio á sus trabajos, comenzando á ejecutar las obras de madera y disponiendo el labrado de

las de piedra, con el fin de que estuviera todo listo para armarse en el sitio que se le designase. La baratura del ajuste que celebró conmigo, no obstante la prisa que yo le daba manifestándole la necesidad de que toda la obra quedase concluida antes del fin del mes, con la circunstancia de que por el contrato se obligó Mow-Cheong á conducir por su cuenta todo el material de mi observatorio hasta la capital para armarlo allí, me indujo á estimular su laboriosidad ofreciéndole un premio creciente por cada dia en que abreviase el plazo fijado para la terminacion del trabajo. Mow-Cheong se mostró muy deseoso de ganarlo, empleó á un buen número de obreros japoneses, y en mis frecuentes visitas á su taller me repetía constantemente en su especial inglés: «more quick more better;» pero no pudo conquistar el aumento de precio apetecido, á pesar de que me consta que lo procuró, pues era realmente difícil que hubiera podido terminar en menos de quince dias. Estoy convencido de que sin aquel estímulo no habria concluido los dos observatorios antes del 2 de Diciembre; y como ví su empeño, cuyo resultado fué que el campo del Sr. Jimenez quedase listo el 27 de Noviembre y el mio el dia último del mismo mes, me pareció justo, ya que no concederle aumento alguno sobre el precio extipulado, sí hacerle la pequeña concesion de no rebajar de aquella cantidad el importe del flete que dejó de pagar, puesto que mi observatorio se situó muy cerca de Yokohama en vez de haberse establecido en Tokio, como era al principio mi intencion.

Desde que comenzamos nuestras exploraciones alrededor de la ciudad, halló el Sr. Jimenez un lugar que le pareció á propósito, lo mismo que á mí, para colocar uno de los campos. Estaba en la colina llamada «Bluff,» y dentro de la demarcacion en que el gobierno ha permitido que se establezcan los extranjeros sin necesidad de autorizacion especial. Esta última circunstancia era sumamente importante en el caso, poco probable á la verdad aunque posible, de que se me hubiera dificultado obtener pronto el permiso de las autoridades para situarme fuera de aquella demarcacion; y en virtud de esta consideracion, desde luego dispuse que se tomase en arrendamiento el terreno elegido, que era el lote señalado con el núm. 52 en los planos catastrales del municipio. Su propietario, que era un inglés, además del espacio suficiente para construir un observatorio, nos arrendó tambien una casa fabricada á la europea, y muy cómoda para servir de alojamiento á los individuos de la Comision que se